

LOS “SAN LUNES DE FIDEL” Y EL “CUCHICHEO SEMANARIO”. GUILLERMO PRIETO EN LA COLONIA ESPAÑOLA (ENERO-MAYO DE 1879). ED. DE LILIA VIEYRA SÁNCHEZ. MÉXICO: UNAM, COORDINACIÓN DE HUMANIDADES, PROGRAMA EDITORIAL, 2015, 643 PP. ISBN: 978-607-02-7161-8

Sergio Rosas Salas\*



Esta obra de Lilia Vieyra se sustenta sobre la base de un arduo y erudito trabajo de arqueología periodística, rescatando para los lectores del siglo XXI las crónicas que, en función de los dos títulos a que hace referencia el libro, publicara Guillermo Prieto, nuestro muy conocido *Fidel*, en el periódico *La Colonia Española* durante 1879. Además de representar un enorme esfuerzo de investigación, recopilación y aparato crítico —al que volveré más adelante—, el trabajo que la autora ofrece es una excelente oportunidad para subrayar dos elementos que considero fundamentales, a saber: 1) El papel del investigador en la búsqueda, rescate y difusión de nuevas fuentes de información y 2) La importancia de Guillermo Prieto para conocer desde una mirada siempre fresca y divertida el siglo decimonónico.

En su amplio estudio preliminar, la autora narra la historia de las crónicas de Guillermo Prieto en 1879 y da a conocer la historia personal que la llevó a encontrarlas. En 2005 revisó el periódico *La Colonia Española*, gracias a un coloquio sobre periodistas españoles en el México de los siglos XIX y XX. Allí notó que Prieto había seguido publicando sus “San Lunes de Fidel” en 1879, un año después de que aparecieran en el periódico arquetípico de aquel entonces: *El Siglo Diez y Nueve*. Publicó 15 crónicas con el título de “Cuchicheo Semanario”, dedicadas en su mayor parte a Puebla. Si bien éstas eran conocidas por historiadores diletantes locales, en realidad no habían sido valoradas y recuperadas para la historia y la

\*Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP.

historiografía. Así, por ejemplo, no se incluyeron en las obras completas de Guillermo Prieto. Sin embargo, no se trata de un error grave, pues en 1890 Manuel Gutiérrez Nájera llamaba la atención sobre la “colosal obra dispersa” de Prieto.

En ese sentido, una primera virtud del libro de Vieyra es que permite al gran público interesado en el siglo XIX, en la historia literaria y en la historia del periodismo mexicano, acceder a una serie de “cuadros de costumbres” y estampas de erudición de Guillermo Prieto que no había sido rescatada hasta ahora. Es de destacar en la autora el trabajo de arqueología periodística que realizó, por lo cual cabe, asimismo, invitar a los lectores a acercarse a su obra, con el propósito de conocer su método de búsqueda hemerográfica y disfrutar de la prosa de Prieto. En segundo lugar, el libro es valioso como edición crítica. Entender cabalmente las infinitas referencias y alusiones que Prieto entreteje en sus crónicas demanda al lector una enorme erudición, aunque pueden disfrutarse sin tener total conocimiento de cada calle o personaje que transita por sus páginas. Las múltiples notas que Lilia Vieyra ha realizado a lo largo de las casi 600 páginas que ocupan las crónicas de *Fidel* en este volumen facilitan esta comprensión.

En la crónica publicada el domingo 26 de enero de 1879, por ejemplo, Prieto guía a una “Gringuita Netty” por las calles y la historia de la Ciudad de México. Al llegar a La Profesa, el autor comenta que “la pintura de la cúpula es de Clavé”; cuenta que en 1771, en aquel templo, se establecieron “los padres del Oratorio” y narra la forma como se ha ido construyendo la calle Cinco de Mayo, “hasta unirse a los otros callejones”. Gracias a las notas a pie de página que la autora proporciona, el lector descubre que Prieto se refiere, en el primer punto, al catalán Pelegrín Clavé —quien tantos retratos regaló a la élite mexicana—, mientras que en el segundo y tercer puntos, respectivamente, se trata de la orden fundada en 1575 por san Felipe Neri y que la calle Cinco de Mayo fue posible porque en 1861, en medio “del torbellino de la reforma” (para utilizar la frase de Couto), se abrieron muchas calles para dar paso a la ciudad moderna que conocemos hoy en día.

Para cerrar mis comentarios en cuanto a la autora, quiero aprovechar la utilidad que representa en un curso de Historiografía algo que ha mostrado Vieyra: que las pesquisas llevadas a cabo por un investigador

se alimentan y tienen resultados favorables siempre y cuando no haya trabajo perdido.

Lilia Vieyra también hizo investigaciones sobre *La Voz de México*, lo cual le abrió camino para hacer nuevas búsquedas en otros periódicos, sobre todo de inclinación católica. Quiero enfatizar la importancia de emprender trabajos de largo aliento y extensa visión —como el aquí reseñado— que se construyen sobre la base de la disciplina y el arduo trabajo de archivo. Por ello, considero que este libro forma parte de una investigación fecunda y sugerente que muestra la importancia de plantearse temáticas de estudio exhaustivas.

En cuanto a las obras de *Fidel*, quisiera resaltar dos elementos: el primero de ellos es la magnitud de su obra, y el segundo, su relevancia para conocer la vida cotidiana, política y social por medio de la pluma de un polígrafo y erudito liberal mexicano. Al señalar el primer aspecto, me refiero a la increíble cantidad de cuartillas que escribió y a la diversidad de temas que trató. Sigue y seguirá siendo un misterio cómo un hombre podía escribir tanto en el siglo XIX; baste ver este volumen y sus *Memorias de mis tiempos*.

Es una lástima que hayamos perdido la costumbre de contar nuestras historias vitales para las generaciones posteriores como ejemplos de cómo era la vida. Este deseo, el de ser testigo de los tiempos y memoria de una época en la vida nacional, es muy claro en la obra de Prieto. Recuerdo la forma tan divertida en que Prieto narra sus historias en *Memorias de mis tiempos*, tal es el caso del pasaje del adolescente en la Ciudad de México que visita a una joven que le gusta, pero a la cual no le puede hablar. El relato —que narra hacia dónde debe dirigirse el muchacho, cuidándose de que no le caigan las “aguas” matutinas en la cabeza y disfrazado de vendedor de periódicos— revela cuán parecidos o distintos somos de aquel México. Por supuesto, muchos adolescentes siguen temiendo ir a ver a la chica que les gusta, y no le pueden hablar por miedo, pero ya no hay peligro de que les caiga lo que cotidianamente se lleva el desagüe, y ya no se les ocurre —quiero creer que por su propio bien— disfrazarse de vendedores de periódicos ambulantes.

Páginas tan memorables como la anterior se encuentran en *Los “San Lunes de Fidel” y el “Cuchicheo Semanario”*. Guillermo Prieto en La Colonia Española (enero-mayo de 1879), de manera que la obra puede leerse

como un libro de muy divertidas anécdotas. Su rescate de páginas de periódicos que no fueron leídas —en su introducción, la autora señala que ella misma debió abrir la sección literaria de *La Colonia Española* en la Hemeroteca Nacional— es una contribución muy valiosa por parte de la investigadora.

Traigo a colación dos ejemplos de las crónicas de Prieto que me resultaron particularmente amenos y que me parecen representativos de la mirada aguda y erudita de *Fidel*. Para empezar, tenemos la primera carta a Ignacio Ramírez, *El Nigromante* —a quien los constituyentes del 57 recordaron porque era el único ateo “de a deveras, no por conveniencia”—, publicada el lunes 24 de febrero de 1879. En ella, Prieto realiza una crónica sobre Puebla, señalando varias características que aún hoy son parte del imaginario que se tiene sobre la ciudad, a pesar de que en la década de 1870 se iban perdiendo. Por ejemplo, apunta que “Puebla más que ninguna otra ciudad de la República podía considerarse como una población levítica, y en la que más profunda y poderosa ramificación tenían y me parece que conservan los intereses clericales”. A partir de este juicio de valor, se inicia una crónica de las “fortunas, costumbres, literatura y amores” que olían a incienso; narra cómo “las hijas de Eva” iban “tan apiñonadas” y “palpitantes de fe y devoción”, caían en el amor “como en pecado mortal”, y sobre todo, hace una crónica del estado intelectual de la Puebla de mediados de siglo XIX a través de sus propios recuerdos. En la memoria de Prieto, por ejemplo, se puede revivir a Manzo —quien construyó la Academia de Bellas Artes— o podemos contemplar los frescos de Agustín Arrieta, el pintor poblano moderno antes de que la modernidad llegara a Puebla y que sentó tales precedentes (cuando se piensa en un bodegón, seguramente se está pensando, sin saberlo, en una de sus pinturas). Además, se contempla la forma en que se vestía la gente y algunas de las joyas resguardadas en las iglesias, como los cuadros de Becerra en San Francisco, mandados remover por Manzo cuando le cambió el estilo al neoclásico.

El segundo caso a destacar es “El Cuchicheo Semanario”, el cual se publicó el lunes 24 de marzo de 1879. Me pareció especialmente interesante porque recuerda a Carlos María Colina, el obispo de Puebla que murió en 1879. A partir de él pasa revista al episcopologio poblano, el cual me interesa en lo personal. Además de una crónica de sus funera-

les —“lloraba Puebla creyente al virtuoso prelado”—, Prieto construye la memoria de un obispo que luchó por México en la Reforma y que coadyuvó a la beneficencia urbana. El patronazgo episcopal y el patriotismo son así los principales atributos del episcopado poblano desde la perspectiva de *Fidel*. De Francisco Pablo Vázquez, por ejemplo, dice Prieto que era de “elevadísimo talento, profunda instrucción, sagacidad finísima y grande energía”. Decía también que, como obispo, “derramó a manos llenas los beneficios en todas las clases de la sociedad, celoso y rígido en el desempeño de su ministerio, respetuoso y conciliador con el gobierno”, y que era “lustre de la iglesia y amantísimo pastor de su grey”.

Para concluir, el enorme trabajo de investigación, crítica y recopilación que realizó Lilia Vieyra de las crónicas de *Fidel* muestra que varios de estos halagos pueden aplicarse al propio Guillermo Prieto. Era un hombre liberal, de gran energía, de vasto patriotismo y elevado talento, y de profunda instrucción. Tenía una pluma privilegiada y fecunda que aún hoy nos permite conocer de primera mano el siglo XIX. Creo que estas crónicas recrean el fenómeno social y, en ese sentido, el libro invita a leerse como testimonio de un México que ya no es, pero que en muchas formas sigue presente. Gracias a Lilia Vieyra por su trabajo y erudición, pero también por acercar al lector, en este siglo incipiente, a otro tiempo, de forma divertida y profunda, y que permite ver, a través de la mirada de un destacado periodista y político liberal, el México decimonónico. 

**Universidad Nacional Autónoma de México**  
**Instituto de Investigaciones Bibliográficas**

La reprografía de este material no implica la transmisión  
o el disfrute del derecho autoral de la obra.

